

ECOS DE LA VIDA

DE BAROJA Y SOBRE BAROJA

Pío Baroja es quizás el escritor actual, entre los españoles, que más amplia y poderosamente hace vibrar, con su nombre y con su obra, la actualidad literaria. Por imperativas razones, tan conocidas como deploradas. Pío Baroja no puede ya construir novelas de nueva planta. Pero libros como éste que acabamos de leer o releer, «La decadencia de la cortesía», en que se insertan o reimprimen ensayos varios, son más que suficientes para mantener la obra del gran escritor en ininterrumpida fluidez, y son muchas las páginas de este volumen que reservan novedades y sorpresas incluso al lector que ya las conociera, porque es esa una de las mejores cualidades del autor: su inagotable sugestión. En los libros de Baroja siempre hay algo todavía intacto, insospechable, inédito, a los efectos de nuestra personal emoción.

Pero, por otra parte, los estudios sobre Baroja continúan saliendo a la luz día tras día, para incrementar un acervo bibliográfico sobremanera copioso, que no sólo incluye obras de críticos e historiadores españoles de la Literatura, sino también extranjeros, interesados muy vivamente por ese vasto mundo novelesco que la fantasía y la observación de Baroja han creado de consuno: mundo abierto a las preocupaciones de nuestro tiempo tanto como a la tradición de la novela española, por muchos que sean los reparos que, desde ese punto de vista, pudieran hacer quienes ignoran los profundos enlaces de la novela picaresca, del romance popular, del folletín romántico y, en tesis general, de nuestro castizo realismo, con las novelas de Baroja. Su sangre española se afirma a despecho de las influencias que cabe descubrir en Baroja, de Balzac, de Stendhal, de Gorki, de Dostoiewski; muy español precisamente por eso, ya que la capacidad de absorción y asimilación es virtud de nuestras peculiaridades literarias e históricas. La resultante siempre es de originalidad vehemente y singularísima.

¡Qué certera visión es la de Hemingway, cuando percibe la injusticia de que es víctima Baroja — como acaba de declarar —, al no haberle sido otorgado todavía el Premio Nobel! Generosa visión, además, porque el propio Hemingway no vacila en reconocer el magisterio de Baroja, acreditando, al declararse su discípulo, una actitud desinteresada a que tantos y tantos escritores les es ajena. Y conste que la verdad no es exactamente esa. Hemingway posee una personalidad tan irreducible como la de don Pío. Realmente, Baroja no se parece a nadie y sus rasgos más característicos se acusan en otro libro reciente: no de Baroja, como «La decadencia de la cortesía y otros ensayos», sino sobre él, como el que Marino Gómez Santos acaba de publicar: «Baroja y su máscara», excelente reporte, animada semblanza.

Los ensayos agrupados bajo el título del primero, son de desigual calidad. Pero en su natural desnivel — porque el arte de Baroja es así, de puro espontáneo —, todos estos trabajos equivalen a sucesivas pulsaciones, altas o bajas, de la sociedad contemporánea, que Baroja examina en sus continuas divagaciones, dentro y fuera de España, viajero y lector infatigable, gustoso del libro extraño y del trato de gentes pintorescas. Todo enseña, y Baroja ha formado así su cultura, su anárquica cultura: para él, para sus necesidades de novelista y ensayista, cultura eficientísima. En el ensayo que encabeza la serie, «La decadencia de la cortesía», Baroja estudia un fenómeno harto significativo, por derivar de un nuevo concepto de la vida social, de un sentido de camaradería de hombres y mujeres, difícil de presentar por la generación anterior. Baroja establece una excepción a favor del «hombre del pueblo», no porque la cortesía la inspire, sino porque le mueve «un sentimiento de solidaridad humana que no tiene el hombre de la clase media». Sobre este aspecto del problema, habría mucho que decir, como sobre las formas de la vida antigua que Baroja evoca en otro ensayo son un criterio

intuitivamente sociológico. Pero lo interesante no es que tenga razón, sino que sugiera contra puntos de vista, incitando a la gimnasia mental.

En el ensayo «Pequeñas inducciones», Baroja declara, muy barojiana, la siguiente: «Tengo la sensación de haber acertado bastantes veces en mis juicios políticos, literarios y personales. Seguramente mucha modestia el decirlo. Yo creo que cuando tengo algún acierto de intuición, esto ha dependido de un sentimiento, de no vivir influido por las opiniones y los juicios generales». En efecto: cuando Baroja prefería a Dostoiéwski sobre Paul Bourget, o a Verlaine respecto a D'Annunzio eran muchas las gentes que le tildaban de extraño. Pero en la estimativa actual, la razón es de extraordinariamente: no nos faltarían ejemplos, si quisiéramos citar la contrapartida.

Hablando en otro de estos trabajos o artículos de Masoch el malhadado escritor austriaco que diera origen al masoquismo, toca puntos muy vivos de la patología de nuestra época, y en forma análoga, rápida y clara de Nietzsche, de Bergson, de Freud... Pero también un gran estampista o aguafortista, según requiera una u otra técnica. Diganlo las páginas que Baroja escribió durante la guerra vivida por Baroja por algún tiempo, en el Colegio de España de la Universidad de París. Seguimos a Baroja durante sus paseos nocturnos. «La noche de París es fantástica momentos — nos dice —. Sobre todo a orillas del Sena, la luz de la Luna, es una decoración extraordinaria. Los puentes de Nuestra Señora, los puentes, el río... No se está soñando, o se está despierto o si tiene un sueño alguna romanza...». He ahí a Baroja, romántico lírico, entre Víctor Hugo y Laforgue. A esa temperatura Baroja en París se refiere el agudo prólogo de Pérez Ferrero, interesante por su valor testimonial. Pérez Ferrero estaba allí, y con la cálida emoción que responde a las cosas vividas evoca interesantes momentos que no afectan sólo a Baroja, sino también a Baroja y a algunos otros españoles que conviven en azarosos días. A este prólogo de Pérez Ferrero que acudir todos los que quieran completar la biografía de Baroja. Desde otro punto de vista, más crítico y más objetivo, recomendamos la lectura del epílogo de J. Bartrés. Pero nos habría gustado más si no hubiéramos leído el epílogo al expeditivo procedimiento de leer elogios a Unamuno, Blasco Ibáñez, Maeztu, Valle-Inclán... para ponderar los méritos de Baroja. Pero convence el sistema de denudar a un santo por otro...

El libro de Marino Gómez Santos sobre Baroja, citado, es de lectura amena y provechosa. No es esta grata impresión, porque, en muy poco tiempo, Gómez Santos se ha colocado en la primera fila del mundo literario. En «Baroja y su máscara», el autor «Zalacain el aventurero» acusa su presencia en la vida de Baroja, con los mil y un detalles de su vida personal. No en vano titula Marino Gómez Santos «de la intimidad» uno de los capítulos de su libro. Gómez Santos posee esas llaves literariamente, y penetra en la casa y el espíritu de Baroja, con cierta capacidad de observación. Nos hace asistir a su tertulia, recoge en solaza en algún diálogo de tono más reservado, sin desdeñar los detalles más vulgares pero vivos, como ese de las botas viejas, que Gómez Santos a punto de llamar «poemáticas», por la emoción que inspiran. Ya las quisiera Charlot para él...

Con unas botas como esas, Baroja ha recorrido los caminos de Europa y de la fama.

M. FERNÁNDEZ ALBA
de la Real Academia Española

Barcelona 17 de
La Vanguardia